todo en silencio, haremos sucinta memoria de una de las mas fervorosas, que murió en 1651.

Fué esta la Sra. Delandes, viuda del presidente Delamoignon, varon eminente por su piedad, liberalidad y amor á la justicia: esta gran muger, digna de eternas alabanzas, fué una de las primeras que se inscribieron en la Cofradía, y por sus bellas cualidades mereció ser reelegida priora hasta su muerte; acompañaba á una ardiente caridad, penitencias estraordinarias y mortificacion de todas sus potencias y sentidos: maceraba su delicado cuerpo con un continuo y áspero cilicio: en las juntas de las señoras, solia con palabras nacidas de su zelo inflamarlas en amor de Dios y del prójimo, y estimulándolas con su ejemplo, las hacia abrazar dificultosas y repugnantes empresas. Por su particular compasion para con los pobres, todos en sus necesidades acudian á ella como á madre, y ella los socorria y acariciaba como si fuesen sus hijos. Mucho se echó de ver en su muerte el grande amor que los pobres tenian á su bienhechora, no solo por las copiosas lágrimas que derramaron, sino por el empeño que tuvieron en conservar su cuerpo, dándole ellos mismos sepultura en su parroquia, contra la espresa disposicion de su testamento, y venciendo la fuerte oposicion de unos religiosos, en cuya iglesia se debia enterrar. Esta carrera de tantas virtudes prácticas, fué fruto del zelo de Vicente; y aunque no fué este uno de los mayores bien es que hizo en su tránsito por la tierra, por él solo se hace acreedor del tierno título de Padre de los pobres.

CAPITULO XXXII.

Erige Vicente un hospital para los niños espósitos.

En las ciudades populosas la confusion de los negocios y el interes que cada uno tiene en atender á los suyos, generalmente hace mirar muy de paso los males particulares, por mas que estos reclamen el socorro de los hombres. Verificábase puntualmente esto en la ciudad y corte de Paris respecto de los niños espósitos, de quienes se puede decir que nacian abrazados con la muerte del

cuerpo y del alma, porque las madres, ó mas bien dicho, los monstruos que los echaban al mundo, por atender á lo que llamaban su honor, ó por causas quizá mas ignominiosas para la especie humana, los arrojaban de sí en las calles públicas, en las plazas, en los muladares, con la misma indiferencia en las estaciones de verano, como en los dias rigorosos de invierno, sin cuidar jamas, no solo de que se criasen, pero ni aun de que fuesen bautizados; y en Paris era tan grande el número de los infelices que entraban de este modo al mundo, que anualmente se recogian cerca de cuatrocientos, sin contar los que antes de ser recogidos eran devorados por los perros. Ciertos empleados que llamaban comisarios de justicia, entregaban estos niños al cuidado de una viuda que tenia obligacion de criarlos en una casa que se llamaba del Parto; pero como esta muger tenia solamente una ó dos criadas, no podia atender á la educacion de todos, y por otra parte la renta de mil trescientas liras[1] que estaba señalada para este efecto, no era suficiente para mantener las amas y los niños; resultaba de aquí, que la mayor parte de estos, estenuados por la falta de alimentos, acababan poco á poco su vida en los brazos de la miseria; á esto se agregaba, que las mercenarias criadas que estaban encargadas de su asistencia, por no oirlos llorar y porque en la noche no les quitasen el sueño, los adormecian con bebistrajos, que á muchos de ellos causaban la muerte. Los pocos que quedaban, los regalaban al primero que los pedia, ó se vendian al vil precio de veinte sueldos[2]; de estos que se compraban, eran algunos destinados á mamar la leche á mugeres enfermas, cuyo alimento para ellos obraba en su salud como un veneno, en razon de su tierna edad; á otros los compraban personas infames y de conducta depravada, y pasando luego por hijos propios, recibian eficaces lecciones en la escuela de sus vicios. Llegó á tanto el desórden, que muchos de estos niños caian en manos de embaucadores, que con el nombre de hechiceros, alucinaban á los necios y sacrificaban horriblemente á estas inocentes criaturas. No pocas eran tambien recogidas ó compradas por los limosneros, quienes rompian sus delicados miembros para desfigurarlos, y moviendo la compasion del público, reunir mas limosnas.[3] Así es

1 Hacen 780 pesos.
2 Poco menos de 2 reales.
3 En comprobacion de esto, copiamos el siguiente pasage del panegírico de San Vicente de Paul,

que estos pobres inocentes eran víctimas desgraciadas, destinadas á la muerte ó á las aras detestables de bárbaros designios. Lo mas digno de compasion era, que casi todos morian sin recibir el bautismo, pues la viuda que los cuidaba confesó que jamas habia bautizado ni hecho bautizar á ninguno de cuantos le habian entregado.

La noticia de lo que pasaba con los espósitos hirió profundamente el corazon de Vicente, pues veia que en una ciudad cristiana y rica no habia quien fijase la atencion en una necesidad que tan graves daños causaba, y aunque su caridad le instaba para que pusiese el remedio, no teniendo por entonces ningun recurso, pidió á algunas señoras de la Caridad que visitasen las veces que pudiesen aquella casa del Parto, no tanto para conocer sus deplorables males, pues que á todos eran notorios, cuanto para tantear si por medio de ellas podia encontrarse algun camino para socorrer á aquellos desamparados niños. Obedecieron estas piadosas señoras el precepto de Vicente yendo á visitar la casa del Parto, y produjo tal compasion en ellas el aspecto de aquellos infelices espósitos, que unánimemente resolvieron sacarlos de tan poco merecidas desdichas. Era dificultosa la empresa, porque lo necesario para tenerlos á su cargo, era mucho mas de lo que podian disponer, y así determinaron por esta vez hacer criar solamente doce de ellos que sacaban por suerte; dieron principio á esta obra de tanto mérito el año de 1638, encomendándolos al cuidado de la Sra. Le Gras, de quien ya se ha hecho mencion, y de algunas Hermanas de la Caridad que para este objeto señaló Vicente; y como la piedad de estas señoras no quedaba satisfecha con hacer criar á los doce niños, se llevaban de cuando en cuando algunos mas, sacándolos por suerte como los primeros. El bien que estas criaturas recibian, habia hecho aumentar la compasion para con los que quedaban en la casa, y por esto despues de mu-

compuesto por el cardenal Maury, y cuya constancia se encuentra en la 7.ª memoria de la Coleccion 3.ª de las actas de la canonizacion. « Al volver Vicente de Paul, á quien casi me atrevo á llamar el ángel visible de la Providencia, de una de sus misiones, encontró á estramuros de la ciudad á una de estas criaturas en el momento en que un miserable mendigo quebrantaba sus miembros. Sobrecogido de horror, acude con la intrépida confianza que da la virtud y aterra al criminal, y le grita: *Ea, bárbaro, tu figura me ha engañado, porque á lo lejos me pareció que eras un hombre*; y arrancándole á su víctima, la llevó en sus brazos por las calles de Paris invocando la conmiseracion pública; y á la multitud que le rodea cuenta lo que acaba de ver, pide socorro á la religion y á la naturaleza, etc. »

chas conferencias, en 1640 se reunieron todas las señoras de la Caridad con Vicente para discurrir sobre los medios de recoger á todos aquellos pobres niños.

Representó el siervo de Dios en esta junta la necesidad y el merecimiento de esta obra de misericordia con tan afectuosas y eficaces palabras, que antes de terminar aquel acto resolvieron todas con gran generosidad tomar á su cargo la crianza de todos los espósitos, sin escluir á ninguno de este beneficio; mas como la prudencia era una de las grandes virtudes de Vicente, luego que las persuadió á emprender esta obra, dispuso que por entonces no tomasen á los espósitos á su cargo sino por via de ensayo, y no como una obligacion de su instituto, pues para dar solidez á la empresa, aguardaba que la esperiencia enseñara lo que seria mas conveniente hacer. Esto dispuesto, pasaron á todos los niños á otra casa, y desde entonces hasta el presente han sido mantenidos por aquellas señoras, y cuidados con la mayor ternura por las Hermanas de la Caridad. No cesaba Vicente de buscar medios para establecer con solidez aquella obra; recurrió á la celebrada piedad de la reina madre, y obtuvo una asignacion de mil doscientas liras[1] anualmente de limosna para este efecto.

Mas como los gastos eran mucho mayores que las entradas, pues todos los años se consumian en mantencion de los espósitos cerca de cuarenta mil liras[2]; tenian muchas veces las señoras grandes aflicciones para mantenerlos, y llegaron á creer que no podria continuarse la obra por mas tiempo; y luego que conoció Vicente los daños que podrian resultar de estas dudas y temores, resolvió en 1648 celebrar otra junta general, en la que dejó á las señoras en libertad para continuar la empresa comenzada ó abandonarla enteramente, pues no estando, como dijimos antes, obligadas á ello por su instituto, sino solo por la voluntaria caridad que querian ejercer con aquellos inocentes, en su mano estaba continuar asistiéndolos ó abandonarlos enteramente. Manifestóles las razones que habia para disuadirlas y para persuadirlas: les hizo ver que el zelo y caridad que las animaba habian conservado de quinientos á seiscientos niños, que sin duda hubieran muerto sin el auxilio de ellas, y entre estos, muchos es-

1 Hacen 440 pesos.
2 Hacen 8000 pesos.

taban aprendiendo ya un oficio, y otros en estado de aprenderlo; que gracias á sus cuidados, estos pobres niños habian aprendido á conocer y alabar á Dios luego que comenzó á desatarse su lengua, y finalmente, que por aquellos principios podian inferir cuántos frutos produciria en adelante su caridad si con constancia perseveraban en ella; y luego, lleno de fervor, elevó la voz para terminar su discurso con estas memorables palabras: « En fin, « señoras, la compasion y la caridad os han hecho adoptar por hi- « jos á estas tiernas criaturas: vosotras sois sus madres segun « la gracia, desde el instante en que sus madres segun la natu- « raleza, las abandonaron: veamos ahora si tambien vosotras « quereis abandonarlas. Dejad por un momento de ser madres « para erigiros en jueces: la vida ó la muerte de estos inocentes « está en vuestras manos; voy á recoger las opiniones y los votos. « Ya se acerca el momento de pronunciar su sentencia, y de saber « si en adelante ya no quereis tener misericordia de ellos. Vivi- « rán, si continuais prodigándoles vuestro caritativo cuidado; y « al contrario, morirán infaliblemente, si los abandonais: la es- « periencia no permite poner esto en duda."

El estraordinario fervor con que pronunció Vicente estas últimas palabras, movió de tal modo los corazones de aquellas señoras, que unánimemente resolvieron continuar en la empresa á cualquier precio que fuese, y allí mismo comenzaron á tratar sobre los medios que podrian emplear para dar firmeza á su obra. Pidieron luego al rey y obtuvieron de su liberalidad, el famoso castillo de Bicetre, á donde llevaban á los niños luego que se destetaban, y en donde permanecieron por algun tiempo; pero como el aire era demasiado frio y contrario á su delicadeza, y por otros inconvenientes que no era fácil remover, al fin se vieron obligadas las señoras á volverlos á Paris, en donde alquilaron una casa en el arrabal de San Lázaro, y donde fueron asistidos por doce hermanas de la Caridad. En esta casa se tienen asalariadas algunas amas para criar á los niños luego que llegan, y mientras que otras de las aldeas vienen para llevarlos á criar al campo. Luego que los destetan, vuelven á la misma casa, en donde las hermanas de la Caridad tienen cuidado de enseñarlos á rezar y alabar á Dios desde que comienzan á pronunciar las primeras palabras; y cuando llegan á mayor edad, los ocupan en algunas obras de

manos, para apartarlos del ocio, hasta que despues los ponen á aprender algun oficio adecuado á las disposiciones que cada uno manifiesta. En fin, los que al nacer desconocia antes la naturaleza y reprobaba la sociedad; los que en el umbral de la vida encontraban de mil horribles maneras la muerte, hoy los recibe la mano de la piedad, los educa el afan materno de la Religion, y dándoles los medios proporcionados para vivir honradamente, los convierte en hijos agradecidos á la Religion y en ciudadanos laboriosos al Estado. ¡Reconozcan todos en Vicente el piadoso padre que la Providencia Divina ha substituido al ingrato que les dió la naturaleza.

CAPITULO XXXIII.

Solicita y consigue Vicente la fundacion de varios hospitales.

La esperiencia que habia adquirido Vicente de los trabajos que padecen los forzados de las galeras, habia engendrado en su corazon una compasion á sus males, tanto mayores, cuanto que esos desgraciados son gobernados mas por el rigor que por la piedad. A pesar de los muchos y graves negocios en que empleaba todo el tiempo, vivia continuamente con el cuidado de asistirlos en el hospicio que por su zelo les habia procurado, disponiendo que personas piadosas y caritativas fuesen á visitarlos cuando él no podia hacerlo personalmente; mas como la casa no era propia ni segura la renta, males que anunciaban la ruina de aquel edificio, solicitó Vicente recursos para mantenerlo y asegurar en lo venidero su subsistencia.

Con este fin recurrió al rey Luis XIII y á los cónsules de Paris, pidiéndoles que le diesen una antigua torre que está entre la puerta de S. Bernardo y el rio, para que á ella se retirasen aquellos miserables galeotes. Logró Vicente buen éxito de su peticion, y luego que obtuvo la licencia, los hizo pasar á la dicha torre en 1632.

Asistíalos en esta casa, no solo en todo lo necesario para la sa-